

El 26 de mayo de 2021, Sarah Carlotta Hechler, Claire Mélot y Claire Tomasella, doctorandas del Centro Marc Bloch, invitaron a Rose-Marie Lagrave y Annie Ernaux a una mesa redonda titulada «Experiencias y escritos de tráfugas feministas de clase», al término del coloquio franco-alemán junior del Centre Interdisciplinaire d'Études et de Recherches sur l'Allemagne (CIERA) sobre «Las relaciones de poder en la literatura. Manifestaciones y escenificación de formas de estigmatización, dominación y resistencia en el espacio literario». Este encuentro fue filmado y se encuentra disponible en línea en la página web del CIERA. La transcripción corrió a cargo de Anne Bardez.

El 24 de marzo de 2022 tuvo lugar una entrevista complementaria, por iniciativa de Éditions de l'EHESS, con Rose-Marie Lagrave y Annie Ernaux, por una parte, y Sarah Carlotta Hechler y Claire Tomasella, por la otra, junto con Étienne Anheim y Clémence Garrot, de Éditions de l'EHESS. Valentine Coppin se encargó de la transcripción.

Durante estos dos encuentros, si bien las coordinadoras y Éditions de l'EHESS sugerían temáticas, el debate tomó rápidamente la forma de un diálogo amistoso entre Rose-Marie Lagrave y Annie Ernaux.

Clémence Garrot y Johanna Bourgault, con la ayuda de Étienne Anheim, han querido ilustrar esta amistad: han editado libremente estas dos entrevistas en estado puro para darles forma de diálogo, suprimiendo las preguntas formuladas a los autores y recomponiendo el conjunto del texto para formar grupos temáticos coherentes.

Esta conversación, corregida y revisada conjuntamente por las autoras, con introducción de Sarah Carlotta Hechler, Claire Mélot y Claire Tomasella, y comentada en el epílogo por Paul Pasquali, es, pues, el fruto de un trabajo colectivo.

Annie Ernaux: Tal vez me equivoque, pero tengo la impresión, Rose-Marie, de que te vi por primera vez en aquel coloquio que tuvo lugar en la École Normale Supérieure (ENS) en enero de 2001.⁵⁶ Te conocía por tus artículos en la revista *Actes de la recherche en sciences sociales*, a la que me había suscrito en 1984. Eras una de las pocas mujeres que escribían en ella. Había otra que recuerdo, Yvette Delsaut. Recuerdo muy bien ese coloquio por una razón personal: la dificultad que había experimentado durante la víspera para preparar mi ponencia tras una noche en vela debido a una ruptura sentimental. Así que no me sentía nada cómoda. En la comida, estábamos la una frente a la otra y recuerdo que hablamos mucho, reconociendo mutuamente nuestras trayectorias. Cuando se publicó tu libro *Se ressaisir* el año pasado [2021], me acordé de aquel momento y lo único que quería

56 Christian Baudelot, Éric Fassin, Frédérique Matonti y Sébastien Velut organizaron el coloquio «Littérature et sciences sociales» del 10 al 12 de enero de 2001 en el Laboratoire des Sciences Sociales (ENS-EHESS). Entre las personas invitadas (ver el programa: calenda.org/185992, consultado en enero de 2023) figuraban historiadores/as, sociólogos/as, antropólogos/as y politólogos/as, pero también un escritor y una escritora: Didier Daeninckx y Annie Ernaux.

entonces era descubrir lo que habías escrito. Te leí de una forma que nunca me ocurre con un sociólogo —Bourdieu es otra cosa—, es decir, en un estado constante de comparación, de evaluación, que al mismo tiempo ayuda a entenderse a una misma. Fue un verdadero diálogo entre tú y yo. Cuando nos conocimos en 2001, sin duda me dijiste que pertenecías a una familia muy numerosa, aunque lo había olvidado. Sin embargo, me pareció que era esta la gran diferencia entre nosotras, ya que yo soy «hija única» (¡fíjate que con frecuencia eso se consideraba un insulto en mi infancia!). Pero, como mujer y de la misma edad que tú, me reconozco la mayor parte del tiempo en tu libro, cuyo subtítulo, *Enquête autobiographique d'une transfuge de classe féministe*, podría definir mi propia investigación en literatura.

Rose-Marie Lagrave: ¡Qué memoria tienes! Me has hecho recordar aquel primer encuentro en la ENS con Christian Baudelot, uno de tus más fervientes admiradores; luego nos volvimos a ver en la entrega del Premio Simone de Beauvoir y en la presentación de una película en Pantin. En estas ocasiones, te recordé que teníamos una amiga común —M. V.— con quien pasé mis años de internado en el instituto de Caen, y que participaba en el campamento de verano de Clinchamps que mencionas en *Memoria de chica*. Pero mi primer encuentro contigo data de la publicación de tu primer libro, *Los armarios vacíos*. De libro en libro, ya nunca te dejé escapar; corría a las librerías con cada nueva publicación. Y no era la única; muchas mujeres de la generación de Mayo del 68 se identificaban o se veían reflejadas en tus obras. Allí encontrábamos un camino, sin duda diferente del tuyo, pero que traducía poderosamente lo que sentíamos sobre las limitaciones de la época, la manera de sentir rabia

por las asignaciones de género, la voluntad de escapar de ellas a pesar de todo. Tu escritura, con su alcance universal, arrastraba a las otras consigo, y yo quedé atrapada en su red. Me reconocía completamente en tus textos, a pesar de las distintas experiencias y acontecimientos vividos, ya que, a diferencia de ti, no he sufrido ni aborto ni violación. Apor-taste a nuestra generación una especie de brújula sin carácter normativo, basada en la escritura de experiencias comunes, para emanciparnos de las limitaciones y los determinismos sociales en los que estábamos atrapadas e intentar, en la medida de lo posible, dejarlos atrás. Nos abriste puertas animándonos colectivamente a encontrar recursos en nosotras mismas para diseñar, a grandes rasgos, un mundo mejor. Tus libros eran un incentivo y un apoyo constante: sí, no estábamos solas, ella está ahí, y ahí sigue. Cuando escribo en mi libro: «Ella mira por encima de mi hombro», no es una simple metáfora, sino una forma de establecer una afortunada conexión. Acuérdate, en los años setenta había un sinfín de colecciones «de mujeres»: «Autrement dites» en la editorial Minuit; «Le temps des femmes» en Grasset; «Femmes» en Denoël-Gonthier; «Elles-mêmes», «Femmes dans leur temps», «Voix des femmes» en Stock o también «Libres à elles» en Seuil. Todavía conservo esos libros en mi biblioteca, donde Christiane Rochefort, Michèle Manceaux, Marie Cardinal, Benoîte Groult y Mariella Righini ocupaban un lugar destacado. Estas colecciones duraron unos diez años. En tu caso, Gallimard publicó enseguida tus libros, señal de que escapaban a una moda editorial pasajera, abriendo un registro de escritura inusual, «como un cuchillo»⁵⁷.

57 A. ERNAUX, *L'écriture comme un couteau. Entretien avec Frédéric-Yves Jeannet* [2003], Gallimard, París, 2011.

A. E.: En aquella época, yo militaba en el Movimiento para la Liberación del Aborto y de la Contracepción, el MLAC, y el escenario de la novela que acababa de escribir, *Los armarios vacíos*, era un aborto clandestino. Sin embargo, este escenario no es el asunto del libro, que es la ruptura progresiva entre el medio obrero y el mundo burgués legítimo que la protagonista, Denise Lesur, experimenta a través de los estudios hasta terminar la carrera en la facultad de Letras. Evidentemente era autobiográfica, incluido lo del aborto. De forma un tanto instintiva, o por desconocimiento del mundo de la edición, no intenté enviar el manuscrito a una editorial que incluyera una colección «de mujeres» porque el tema —hoy diríamos «una trayectoria de tránsfuga de clase»— no me parecía que correspondiese en absoluto únicamente al género femenino. Lo envié a Flammarion, que lo rechazó muy rápidamente, a Grasset —donde publicaba Christiane Rochefort— y a Gallimard, editorial de la que acababa de descubrir en la mesa de la librería de las Nouvelles Galeries de Annecy, donde yo vivía, las óperas primas de dos jóvenes nacidas el mismo año que yo..., así que ¿por qué no intentarlo? Y así fue como el azar —y en absoluto el prestigio de la «Collection Blanche» de Gallimard— me llevó a una casa que, como mínimo, estaba en las antípodas de mi mundo original.

Cuando salió a la venta, las críticas, en su mayoría muy positivas —*Le Monde*, *Libération*, *L'Humanité*—, hicieron hincapié en el «proceso emprendido» contra la cultura y la escuela, las heridas del ascenso social, la violencia de la escritura. *Le Figaro*, por su parte, puso el título —no me lo invento— «Ellas también tienen cabeza y corazón» para referirse a mi libro y el de otras dos autoras al mismo tiempo. No se publicó absolutamente ningún artículo sobre mí en la

prensa femenina. Al mismo tiempo, Annie Leclerc, que había publicado *Parole de femme*, tuvo un éxito enorme, pero yo no. Fue duro ser consciente de la diferencia de acogida de nuestros libros...

R.-M. L.: Annie Leclerc formaba parte de la corriente llamada «feminitud» o «diferencialista», que se oponía al feminismo materialista, cuya figura emblemática era Christine Delphy.⁵⁸ Annie Leclerc era todo lo contrario a ti. En *Parole de femme* (1974) o *Épousailles* (1976), hace del parto un auténtico disfrute...

A. E.: Ah, sí, lo recuerdo, y también la disertación sobre la ausencia del cuerpo de niña, su aversión a la menstruación, que le hacía sumergir los pies en agua fría para no tenerla, y más tarde su placer al sentirla fluir, su pesar porque las patatas que cocinaba con amor para su familia nunca parecían tan buenas como las del restaurante, etcétera. Pero hace cuarenta años que no releo el libro y puede que hoy lo leyera desde un punto de vista diferente. Debo admitir que me alegró saber que Simone de Beauvoir recomendaba leer *Los armarios vacíos* y evitar *Parole de femme*.

Significó mucho para mí que Simone de Beauvoir elogiara *Los armarios vacíos*. El segundo le gustó menos —*Ce qu'ils disent ou rien*— y así me lo dijo por escrito. Cuando se publicó *La mujer helada*, me entrevisté con Claude Courchay, escritor y amigo de Simone de Beauvoir, a la que veía con regularidad. Me preguntó si le había enviado mi libro y se

58 «Estamos del lado de la “feminitud” y celebramos la diferencia de sexos o bien estamos del lado de la cultura y hacemos hincapié en el condicionamiento cultural», en F. PICQ, *Libération des femmes, quarante ans de mouvement*, Éditions Dialogues, Brest, 2011, p. 325.

sorprendió mucho al saber que no lo había hecho. ¿Por qué? Ya no lo sé. Miedo, sin duda, a una acogida poco entusiasta, como con el anterior.

Desde el principio, *La mujer helada* provocó reacciones ofendidas. Aún recuerdo la tormentosa reunión con los representantes de Gallimard, casi exclusivamente hombres —esta es una profesión donde perdura la segregación por género: los hombres viajan, las mujeres cuidan el hogar—, que me reprochaban la descripción que hacía de la condición de una mujer casada trabajadora y con hijo. Lo más caricaturesco, y también lo más violento, fue un programa de televisión, *Aujourd'hui Madame*, que se emitía por la tarde, en el que se invitaba a las lectoras a dar su opinión. Aquel día, por sus vestidos, sus joyas y su forma de expresarse, era evidente que las mujeres presentes pertenecían a la burguesía. Me abrumaron: «¡Señora, no debería haber tenido hijos si los considera una carga!». Yo intentaba dejar claro que esa carga debía ser compartida, pero eso, entonces, era algo que no se podía oír.

Al mismo tiempo, para muchas feministas, la asignación de las mujeres a las tareas domésticas, el cuidado de los niños y lo que ahora se denomina la carga mental no eran, de hecho, problemas reales. Solo un periódico, *F Magazine*, hizo una crítica en profundidad, escrita por la novelista Catherine Rihoit. Muchos de mis libros han sido polémicos, pero *La mujer helada* es diferente; fue objeto de negación. En 1981, no se podía aceptar en absoluto, porque lo que yo cuestionaba era algo impensable. Mientras que *Pura pasión...*

R.-M. L.: Sí, lo recuerdo, algunas feministas decían que *Pura pasión* tenía un lado ñoño. Era un libro que contrastaba con tus escritos anteriores.

A. E.: Era consciente de ello, pero para mí tenía una gran importancia escribir este libro y escribirlo de esta manera, que apenas difiere de la escritura de *El lugar* y *Una mujer*, es decir, no afectiva sino factual. Como respuesta a la pregunta: «¿qué me pasó durante un año y medio?», mi objetivo era concretar ese estado con el término que mejor le correspondía: el de «pasión», con todo lo que este término evoca de sufrimiento, pero también de absoluto, de sentimiento de estar fuera, por encima incluso de la vida habitual. *Pura pasión* suscitó una gran polémica. La revista *Marie Claire* realizó una gran encuesta entre mujeres, famosas y desconocidas, para saber qué pensaban del libro y de la pasión. Desde Catherine De-neuve, que estaba a favor, hasta Florence Arthaud, que estaba en contra, las respuestas eran bastante categóricas. Recuerdo la contestación de la promotora del grupo «Psychanalyse et politique» del MLN, Antoinette Fouque: «Rechazar la pasión es no entregarse a la condición humana». Para mí, se trata efectivamente de un libro feminista, que disecciona una condición compartida por hombres y mujeres, como me demostraron las cartas recibidas. La película que se hizo a partir de otro de mis libros en 2021 no suscitó ningún debate, sin duda porque entonces la pasión ya no era el tema candente...

R.-M. L.: *El acontecimiento*, sí.

A. E.: Ocurrió exactamente lo contrario que con *Pura pasión*. Cuando se publicó en 2000, *El acontecimiento* fue recibido con silencio e indiferencia, a veces con una hostilidad apenas disimulada. El hecho de que fuera un texto sobre el aborto clandestino, que yo había sufrido como estudiante, aunque también sobre la memoria y la escritura, hizo que fuera totalmente ignorado. Se había convertido en lo que yo

temía y así lo plasmé en el libro: un tema de «mal gusto». En general, en aquella época, se ocultaba lo que concernía al cuerpo de la mujer y la memoria de lo que se le había infligido durante siglos hasta la Ley Veil quedaba borrada. Frente a los doscientos mil ejemplares vendidos de *Pura pasión, El acontecimiento* no llegó a los veinte mil. Veinte años después, la película dirigida por Audrey Diwan ganó el León de Oro en el Festival de Venecia y todos los medios de comunicación hablaron de ella. La película se encontró con lo que se creía imposible: la prohibición, de nuevo, del aborto legal, primero en Polonia y recientemente en Estados Unidos. La fuerza de la película —que sigue rigurosamente el texto desde la espera de la regla hasta la llegada a urgencias— es, como quería hacer al escribir, arrastrar al lector, convertido aquí en espectador, al espanto de la realidad. Es decir, a la experiencia verdaderamente inaudita de encontrarse a solas con la inexorable realidad de un embarazo no deseado en una sociedad que prohíbe el aborto, el horror de tener que «arreglárselas», encontrar la dirección de una «hacedora de ángeles», una abortera, y el dinero para pagarle, expulsar «eso» en el baño. La película, quizás incluso más que el libro, transmite, a través de la sobria interpretación de la actriz, Anamaria Vartolomei, el terrible avance del tiempo en el cuerpo, la soledad y al mismo tiempo la determinación de abortar por cualquier medio.

COMO UNA GRAN LUZ

A. E.: Entre los libros que me han marcado, está evidentemente *El segundo sexo*, un descubrimiento decisivo a los dieciocho años. Me parece que, hasta entonces, no había

entendido nada de la relación entre hombres y mujeres, de la condición femenina. No entendía por qué me sentía tan incómoda con los hombres. Fue como una gran luz. Estoy siendo poética, pero tengo el recuerdo concreto de caminar por el boulevard de l'Yser en Ruan con la sensación de que mi anterior visión del mundo había sido desgarrada por el implacable testimonio de Beauvoir. La conciencia de la división sexista de la sociedad y del privilegio masculino me dominaba...

Unos años más tarde, un pequeño libro me llamó la atención: *Un día inútil*, de Janine Brégeon. Una mañana, una mujer casada decide no hacer nada en casa, ni limpiar ni cocinar, nada. Me gustaría releerlo, imagino que encontraría en él las premisas de mi rebelión contra las tareas que asumía sola y de la escritura de *La mujer helada*. ¿Qué más en estos años sesenta? Ah, sí, *Élise o La vida de verdad* de Claire Etcherelli, que más tarde hice leer y estudiar a mis alumnos.

R.-M. L.: También fue uno de mis libros favoritos; en él se recreaban varias situaciones que yo había vivido con menor intensidad: la llegada a París desde provincias, el descubrimiento de la explotación de los trabajadores, la guerra de independencia en Argelia vivida a través de la historia de amor entre una francesa y un inmigrante argelino humillado y detenido por la policía... Este libro dio más firmeza a mis convicciones anticolonialistas, ya que la guerra de Argelia fue la matriz de mis compromisos políticos posteriores.

A. E.: También tengo que hablar de Virginia Woolf. No leí *Una habitación propia* hasta pasados los cuarenta, pero descubrí *La señora Dalloway* y *Las olas* al mismo tiempo que decidí escribir, emprender una novela. Como novelista, en

una historia literaria dominada por los hombres, supone un modelo. Me dio el impulso, la fuerza: si ella lo hizo, escribir, ¡yo puedo hacerlo!

Para ponerlo en contexto: tras una mala elección de carrera —maestra— y una estancia como *au pair* en Inglaterra, me matriculé en la facultad de Letras con el deseo de ser profesora y escribir. Durante el primer año, muy selectivo en aquella época, que se denominaba propedéutico, me sorprendió comprobar que se me daba mucho mejor la lengua que la filosofía, así que, una vez admitida en la carrera, elegí hacer Letras modernas, que incluía un examen, un «certificado», de literatura extranjera. Fue en este curso donde oí hablar de Woolf, quizá también en *Les Lettres françaises*, la revista literaria de la que Louis Aragon era director y que participaba en los debates del *Nouveau Roman*. Me suscribí a ella y, junto con los demás estudiantes centrados en el programa, me interesé por la literatura que se estaba haciendo. Con esta idea, escribí una novela de estructura complicada, cuyo trasfondo es una chica que no encuentra su lugar en ningún sitio. Mezclé, en primera persona, sueños nocturnos, previsiones del futuro, el momento presente y el pasado. La envié a Seuil y, luego, a Julliard, pero ambas la rechazaron. La guardé, como un archivo...

Hoy es difícil distinguir, además de Woolf, las diversas influencias de mis lecturas de la época, Butor, Robbe-Grillet, Simon, Sollers, el autor de *El parque* y *Una curiosa soledad*... Leí a Marguerite Duras mucho más tarde, cuando ya me había desprendido de las preocupaciones formales y los libros que me interesaban eran *Élise* o *La vida de verdad*, *Las cosas* de Perec o, incluso, la «subconversación» de Nathalie Sarraute. Sobre Duras, cómo decirlo..., tengo un sentimiento confuso. *El amante* no me emocionó.